

Estimado estudiante, a continuación, encontrarás una serie de actividades que debes realizar y entregar con puntualidad, orden, creatividad y pulcritud de acuerdo con el siguiente cuento de Juan Rulfo. México, 1917-1986.

Por favor, desarrolle las actividades por usted mismo (a) para que pueda fortalecer sus competencias de acuerdo con los parámetros que se exponen en esta guía, recuerda que los elementos electrónicos como IA son una ayuda, pero tú eres responsable de alcanzar tus procesos. Entregar en hojas examen y desarrollar las actividades a mano.

**¡DILES QUE NO ME MATEN!
[CUENTO - TEXTO COMPLETO.]**

JUAN RULFO

- ¡Diles que no me maten, Justino! Anda, vete a decirles eso. Que por caridad. Así diles. Diles que lo hagan por caridad.

-No puedo. Hay allí un sargento que no quiere oír hablar nada de ti.

-Haz que te oiga. Date tus mañas y dile que para sustos ya ha estado bueno. Dile que lo haga por caridad de Dios.

-No se trata de sustos. Parece que te van a matar de a de veras. Y yo ya no quiero volver allá.

-Anda otra vez. Solamente otra vez, a ver qué consigues.

-No. No tengo ganas de eso, yo soy tu hijo. Y si voy mucho con ellos, acabarán por saber quién soy y les dará por fusilarme a mí también. Es mejor dejar las cosas de este tamaño.

-Anda, Justino. Diles que tengan tantita lástima de mí. Nomás eso diles.

Justino apretó los dientes y movió la cabeza diciendo:

-No.

Y siguió sacudiendo la cabeza durante mucho rato.

Justino se levantó de la pila de piedras en que estaba sentado y caminó hasta la puerta del corral. Luego se dio vuelta para decir:

-Voy, pues. Pero si de perdida me afusilan a mí también, ¿quién cuidará de mi mujer y de los hijos?

-La Providencia, Justino. Ella se encargará de ellos. Ocupate de ir allá y ver qué cosas haces por mí. Eso es lo que urge.

Lo habían traído de madrugada. Y ahora era ya entrada la mañana y él seguía todavía allí, amarrado a un horcón, esperando. No se podía estar quieto. Había hecho el intento de dormir un rato para apaciguarse, pero el sueño se le había ido. También se le había ido el hambre. No tenía ganas de nada. Sólo de vivir. Ahora que sabía bien a bien que lo iban a matar, le habían entrado unas ganas tan grandes de vivir como solo las puede sentir un recién resucitado. Quién le iba a decir que volvería aquel asunto tan viejo, tan rancio, tan enterrado como creía que estaba. Aquel

asunto de cuando tuvo que matar a don Lupe. No nada más por nomás, como quisieron hacerle ver los de Alima, sino porque tuvo sus razones. Él se acordaba:

Don Lupe Terreros, el dueño de la Puerta de Piedra, por más señas su compadre. Al que él, Juvencio Nava, tuvo que matar por eso; por ser el dueño de la Puerta de Piedra y que, siendo también su compadre, le negó el pasto para sus animales.

Primero se aguantó por puro compromiso. Pero después, cuando la sequía, en que vio cómo se le morían uno tras otro sus animales hostigados por el hambre y que su compadre don Lupe seguía negándole la yerba de sus potreros, entonces fue cuando se puso a romper la cerca y a arrear la bola de animales flacos hasta las paraneras para que se hartaran de comer. Y eso no le había gustado a don Lupe, que mandó tapar otra vez la cerca para que él, Juvencio Nava, le volviera a abrir otra vez el agujero. Así, de día se tapaba el agujero y de noche se volvía a abrir, mientras el ganado estaba allí, siempre pegado a la cerca, siempre esperando; aquel ganado suyo que antes nomás se vivía oliendo el pasto sin poder probarlo.

Y él y don Lupe alegaban y volvían a alegar sin llegar a ponerse de acuerdo. Hasta que una vez don Lupe le dijo:

-Mira, Juvencio, otro animal más que metas al potrero y te lo mato.

Y él contestó:

-Mire, don Lupe, yo no tengo la culpa de que los animales busquen su acomodo. Ellos son inocentes. Ahí se lo haiga si me los mata.

"Y me mató un novillo.

"Esto pasó hace treinta y cinco años, por marzo, porque ya en abril andaba yo en el monte, corriendo del exhorto. No me valieron ni las diez vacas que le di al juez, ni el embargo de mi casa para pagarle la salida de la cárcel. Todavía después, se pagaron con lo que quedaba nomás por no perseguirme, aunque de todos modos me perseguían. Por eso me vine a vivir junto con mi hijo a este otro terrenito que yo tenía y que se nombra Palo de Venado. Y mi hijo creció y se casó con la nuera Ignacia y tuvo ya ocho hijos. Así que la cosa ya va para viejo, y según eso debería estar olvidada. Pero, según eso, no lo está.

"Yo entonces calculé que con unos cien pesos quedaba arreglado todo. El difunto don Lupe era solo, solamente con su mujer y los dos muchachitos todavía de a gatas. Y la viuda pronto murió también dizque de pena. Y a los muchachitos se los llevaron lejos, donde unos parientes. Así que, por parte de ellos, no había que tener miedo.

"Pero los demás se atuvieron a que yo andaba exhortado y enjuiciado para asustarme y seguir robándome. Cada vez que llegaba alguien al pueblo me avisaban:

"-Por ahí andan unos fureños, Juvencio.

"Y yo echaba pal monte, entreverándome entre los madroños y pasándome los días comiendo verdolagas. A veces tenía que salir a la media noche, como si me fueran correteando los perros. Eso duró toda la vida. No fue un año ni dos. Fue toda la vida."

Y ahora habían ido por él, cuando no esperaba ya a nadie, confiado en el olvido en que lo tenía la gente; creyendo que al menos sus últimos días los pasaría tranquilos. "Al menos esto -pensó- conseguiré con estar viejo. Me dejarán en paz".

Se había dado a esta esperanza por entero. Por eso era que le costaba trabajo imaginar morir así, de repente, a estas alturas de su vida, después de tanto pelear para librarse de la muerte; de haberse pasado su mejor tiempo

tirando de un lado para otro arrastrado por los sobresaltos y cuando su cuerpo había acabado por ser un puro pellejo correoso curtido por los malos días en que tuvo que andar escondiéndose de todos.

Por si acaso, ¿no había dejado hasta que se le fuera su mujer? Aquel día en que amaneció con la nueva de que su mujer se le había ido, ni siquiera le pasó por la cabeza la intención de salir a buscarla. Dejó que se fuera sin indagar para nada ni con quién ni para dónde, con tal de no bajar al pueblo. Dejó que se le fuera como se le había ido todo lo demás, sin meter las manos. Ya lo único que le quedaba para cuidar era la vida, y esta la conservaría a como diera lugar. No podía dejar que lo mataran. No podía. Mucho menos ahora.

Pero para eso lo habían traído de allá, de Palo de Venado. No necesitaron amarrarlo para que los siguiera. Él anduvo solo, únicamente maniatado por el miedo. Ellos se dieron cuenta de que no podía correr con aquel cuerpo viejo, con aquellas piernas flacas como sicuas secas, acalambradas por el miedo de morir. Porque a eso iba. A morir. Se lo dijeron.

Desde entonces lo supo. Comenzó a sentir esa comezón en el estómago que le llegaba de pronto siempre que veía de cerca la muerte y que le sacaba el ansia por los ojos, y que le hinchaba la boca con aquellos buches de agua agria que tenía que tragarse sin querer. Y esa cosa que le hacía los pies pesados mientras su cabeza se le ablandaba y el corazón le pegaba con todas sus fuerzas en las costillas. No, no podía acostumbrarse a la idea de que lo mataran.

Tenía que haber alguna esperanza. En algún lugar podría aún quedar alguna esperanza. Tal vez ellos se hubieran equivocado. Quizá buscaban a otro Juvencio Nava y no al Juvencio Nava que era él.

Caminó entre aquellos hombres en silencio, con los brazos caídos. La madrugada era oscura, sin estrellas. El viento soplaba despacio, se llevaba la tierra seca y traía más, llena de ese olor como de orines que tiene el polvo de los caminos.

Sus ojos, que se habían apenuscado con los años, venían viendo la tierra, aquí, debajo de sus pies, a pesar de la oscuridad. Allí en la tierra estaba toda su vida. Sesenta años de vivir sobre de ella, de encerrarla entre sus manos, de haberla probado como se prueba el sabor de la carne. Se vino largo rato desmenuzándola con los ojos, saboreando cada pedazo como si fuera el último, sabiendo casi que sería el último.

Luego, como queriendo decir algo, miraba a los hombres que iban junto a él. Iba a decirles que lo soltaran, que lo dejaran que se fuera: "Yo no le he hecho daño a nadie, muchachos", iba a decirles, pero se quedaba callado. "Más adelantito se los diré", pensaba. Y solo los veía. Podía hasta imaginar que eran sus amigos; pero no quería hacerlo. No lo eran. No sabía quiénes eran. Los veía a su lado ladeándose y agachándose de vez en cuando para ver por dónde seguía el camino.

Los había visto por primera vez al pardear de la tarde, en esa hora desteñida en que todo parece chamuscado. Habían atravesado los surcos pisando la milpa tierna. Y él había bajado a eso: a decirles que allí estaba comenzando a crecer la milpa. Pero ellos no se detuvieron.

Los había visto con tiempo. Siempre tuvo la suerte de ver con tiempo todo. Pudo haberse escondido, caminar unas cuantas horas por el cerro mientras ellos se iban y después volver a bajar. Al fin y al cabo, la milpa no se lograría de ningún modo. Ya era tiempo de que hubieran venido las aguas y las aguas no aparecían y la milpa comenzaba a marchitarse. No tardaría en estar seca del todo.

Así que ni valía la pena de haber bajado; haberse metido entre aquellos hombres como en un agujero, para ya no volver a salir.

Y ahora seguía junto a ellos, aguantándose las ganas de decirles que lo soltaran. No les veía la cara; solo veía los bultos que se repegaban o se separaban de él. De manera que cuando se puso a hablar, no supo si lo habían oído. Dijo:

-Yo nunca le he hecho daño a nadie -eso dijo. Pero nada cambió. Ninguno de los bultos pareció darse cuenta. Las caras no se volvieron a verlo. Siguieron igual, como si hubieran venido dormidos.

Entonces pensó que no tenía nada más que decir, que tendría que buscar la esperanza en algún otro lado. Dejó caer otra vez los brazos y entró en las primeras casas del pueblo en medio de aquellos cuatro hombres oscurecidos por el color negro de la noche.

-Mi coronel, aquí está el hombre.

Se habían detenido delante del boquete de la puerta. Él, con el sombrero en la mano, por respeto, esperando ver salir a alguien. Pero solo salió la voz:

- ¿Cuál hombre? -preguntaron.

-El de Palo de Venado, mi coronel. El que usted nos mandó a traer.

-Pregúntale que si ha vivido alguna vez en Alima -volvió a decir la voz de allá adentro.

- ¡Ey, tú! ¿Que si has habitado en Alima? -repitió la pregunta el sargento que estaba frente a él.

-Sí. Dile al coronel que de allá mismo soy. Y que allí he vivido hasta hace poco.

-Pregúntale que si conoció a Guadalupe Terreros.

-Que dizque si conociste a Guadalupe Terreros.

- ¿A don Lupe? Sí. Dile que sí lo conocí. Ya murió.

Entonces la voz de allá adentro cambió de tono:

-Ya sé que murió -dijo.

Y siguió hablando como si platicara con alguien allá, al otro lado de la pared de carrizos.

-Guadalupe Terreros era mi padre. Cuando crecí y lo busqué me dijeron que estaba muerto. Es algo difícil crecer sabiendo que la cosa de donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta. Con nosotros, eso pasó.

"Luego supe que lo habían matado a machetazos, clavándole después una pica de buey en el estómago. Me contaron que duró más de dos días perdido y que, cuando lo encontraron tirado en un arroyo, todavía estaba agonizando y pidiendo el encargo de que le cuidaran a su familia.

"Esto, con el tiempo, parece olvidarse. Uno trata de olvidarlo. Lo que no se olvida es llegar a saber que el que hizo aquello está aún vivo, alimentando su alma podrida con la ilusión de la vida eterna. No podría perdonar a ese, aunque no lo conozco; pero el hecho de que se haya puesto en el lugar donde yo sé que está, me da ánimos para acabar con él. No puedo perdonarle que siga viviendo. No debía haber nacido nunca".

Desde acá, desde fuera, se oyó bien claro cuanto dijo. Después ordenó:

- ¡Llévenselo y amárrenlo un rato, para que padezca, y luego fusílenlo!

- ¡Mírame, coronel! -pidió él-. Ya no valgo nada. No tardaré en morirme solito, derrengado de viejo. ¡No me mates...!

- ¡Llévenselo! -volvió a decir la voz de adentro.

-...Ya he pagado, coronel. He pagado muchas veces. Todo me lo quitaron. Me castigaron de muchos modos. Me he pasado cosa de cuarenta años escondido como unapestado, siempre con el pálpito de que en cualquier rato me matarían. No merezco morir así, coronel. Déjame que, al menos, el Señor me perdone. ¡No me mates! ¡Diles que no me maten!

Estaba allí, como si lo hubieran golpeado, sacudiendo su sombrero contra la tierra. Gritando.

En seguida la voz de allá adentro dijo:

-Amárrenlo y denle algo de beber hasta que se emborrache para que no le duelan los tiros.

Ahora, por fin, se había apaciguado. Estaba allí arrinconado al pie del horcón. Había venido su hijo Justino y su hijo Justino se había ido y había vuelto y ahora otra vez venía.

Lo echó encima del burro. Lo apretaló bien apretado al aparejo para que no se fuese a caer por el camino. Le metió su cabeza dentro de un costal para que no diera mala impresión. Y luego le hizo pelos al burro y se fueron, arrebiatados, de prisa, para llegar a Palo de Venado todavía con tiempo para arreglar el velorio del difunto.

-Tu nuera y los nietos te extrañarán -iba diciéndole-. Te mirarán a la cara y creerán que no eres tú. Se les afigurará que te ha comido el coyote cuando te vean con esa cara tan llena de boquetes por tanto tiro de gracia como te dieron.

FIN

1. Luego de leer el cuento copia las palabras subrayadas en el texto, busca el significado en el diccionario y cópialo en tu hoja de trabajo.
2. Escribe el nombre de tres personajes y explica qué papel desempeñan en el cuento.
3. ¿Por qué Juvencio Navas mata a don Lupe Terreros?
4. Escribe el argumento del anterior cuento.
5. Podemos decir que los temas importantes en el cuento son el miedo a la muerte y la venganza. Demuestra con ejemplos tomados del cuento que esto es verdad.
6. En el cuento podemos identificar varias acciones o secuencias literarias que permiten comprender el desarrollo estructural del cuento. Ordénalas de manera cronológica:
 - A. Capturan a Juvencio y lo presentan ante el coronel quien resulta siendo el hijo de don Lupe.
 - B. Justino se lleva a su padre en el lomo de un caballo después de haber sido fusilado.
 - C. Recuerdo de Juvencio y las razones del porqué muere don Lupe Terreros.
 - D. Fusilamiento de Juvencio ordenado por el coronel.
 - E. Conversación entre el padre y el hijo implorándole a Justino que le ayude para que no lo maten.
7. El ambiente en el que se desarrolla el cuento es rural y en México. El lenguaje que utiliza el autor es de hombres campesinos. Demuestra con citas textuales que lo anterior es cierto.
8. En el cuento, Juan Rulfo utiliza hipérboles o exageraciones. Demuestra con citas textuales dos ejemplos de hipérboles.
9. Juvencio mata a Lupe Terreros y por esta razón su esposa muere de pena moral y los hijos quedan huérfanos. El asesinato queda impune. Asume una POSICIÓN CRÍTICA, como si fueras un juez. ¿Perdonarías a Juvencio por lo que hizo? Pero por otro lado, y desde entonces, Juvencio lo perdió todo y duró toda la vida escondiéndose. ¿Merece ese castigo de vivir así? ¿Merecen que lo fusilen?

10. Sustenta tu respuesta en un corto comentario crítico de 20 líneas, que tenga las siguientes partes:

1: Título

2: Presentación del tema e intención del comentario

3: Presentación de tu opinión y sustentación de esta con ejemplos y fragmentos del texto que estás comentando

4: Conclusiones.

11. Señala con un X dos sinónimos que se relacionen con la palabra principal

1. APACIGUARSE	2. HORCÓN	3. PARANERAS	4. EXHORTO
A. calmar	A. cadalso	A. sembradío	A. probidad
B. inquietar	B. horquilla	B. desierto	B. requerimiento
C. sosegar	C. patíbulo	C. erial	C. mandato
D. excitar	D. horqueta	D. plantío	D. rectitud
5. CARRIZOS	6. DERRENGADO	7. MADROÑOS	8. FUREÑOS
A. zanjas	A. exhausto	A. borlas	A. oriundos
B. cañaverales	B. agotado	B. pompones	B. foráneo
C. cañerías	C. fresco	C. olvidos	C. forasteros
D. cañadas	D. lozano	D. dejados	D. nativos
9. CHAMUSCADO	10. MILPA	11. APRETALÓ	12. APAREJO
A. abrasado	A. prudencia	A. estrujó	A. pertrecho
B. apaciguado	B. maizal	B. soltó	B. torcedura
C. quemado	C. trigal	C. ciñó	C. luxación
D. aplacado	D. moderación	D. amplió	D. herramienta

12. Con base en las siguientes pistas identifica las respuestas en la sopa de letras.

- ¿De qué tiene miedo Justino cuando su padre le pide que lo ayude para que no lo maten?
- Nombre y apellido del autor del cuento
- Al final del cuento Justino se lleva el cadáver de su padre. ¿En qué lo carga?
- ¿Cuál es el rango militar del hijo de Lupe Terreros?
- ¿Cómo se llama el pueblo donde vive Juvencio Navas?

- ¿Cuál es el nombre de don Lupe?
- ¿Cómo matan a Juvencio Navas a órdenes del coronel?

A	K	S	A	F	G	B	C	N	G
J	L	J	D	V	H	X	F	Z	U
H	Ñ	U	C	J	J	K	U	M	A
S	M	A	T	E	N	O	S	M	D
D	P	N	V	C	X	X	I	Z	A
C	O	R	O	N	E	L	L	Z	L
F	O	U	B	N	A	M	A	S	U
O	L	L	A	B	A	C	N	D	P
G	I	F	F	F	G	H	J	K	E
Y	U	O	T	R	E	W	Q	Ñ	L

- De las palabras subrayadas en el vocabulario (punto 1) escoge la que más te llame la atención y realiza la ilustración de esta, ten en cuenta los parámetros trabajados en la guía desarrollada en clase como; busca siempre que tu idea sea original y que todo lo que uses para hacer la ilustración se convierta en parte de una misma imagen y no se lea como elementos separados que están allí por accidente. La hoja que usas para hacer tu imagen debe estar siempre limpia, debes exigirte mucho al pintar o colorear. Tu trabajo debe ser agradable de mirar y evidenciar tu esfuerzo y cuidado.
- Ahora vas a hacer EL MAPA DE RECUERDOS de la lectura, intenta dibujar lo que te hace sentir en el momento de la lectura. Escoge con cuidado los colores que vas a utilizar y los nombres que debes referenciar en el mismo.
- Para finalizar vas a escribir la reseña del cuento anterior teniendo en cuenta los pasos vistos en clase y la estructura de presentación, recuerda:
 - Realizar una observación preliminar acerca de cómo está estructurado el cuento a reseñar
 - Identificar aspectos relevantes como objetivos, propósitos, entre otros.
 - Indagar acerca del autor y las estrategias que utiliza en sus producciones.
 - Realizar apuntes y anotaciones con temas tratados en el contenido que consideres de interés.
 - Elaborar un modelo que sirva de guía con los puntos que debe tener la reseña.
 - Verificar que el lenguaje utilizado en las críticas realizadas sea adecuado, sin descalificaciones ni ofensas.
 - Dar una opinión bien fundamentada, sin ningún tipo de parcialidad a favor o en contra. Argumentada.